

¡Basta de abusados que devienen abusadores!

Hubo dos rupturas epistemológicas en la reciente historia del arte. Por un lado, Duchamp presentó un mingitorio para su valorización estética: no sólo nadie actualiza este sanitario -hay más modelos de lavamanos que de mingitorios-, sino que además se orina insensiblemente sobre él. Por su parte, el kitsch llevó enanitos de jardín a las galerías artísticas para destacar que hasta los objetos más banales son capaces de transmitir un mensaje. Ambas actitudes desteologizaron los decretos de las iglesias estéticas de turno que, unidas a la religión, presentaban –dice Michel Onfray, en “La potencia de existir”, Ediciones de la Flor, Bs. As. 2007- el descrédito del cuerpo, según el modelo judeocristiano: portador de potencia vitalistas y molestas, para rebajar su soberbia, era necesario aplaudir la pasión dolorosa, la carne tumefacta, sucia, herida, torturada, y luego el cadáver. “Carne SerVida” trae otro concepto. En primer lugar, retoma la elaboración artesanal, perdida a manos del industrialismo serial y de lo virtual informático. En segundo lugar, reitera su intención de señalar que los abusados devienen en abusadores. ¡Basta, entonces, de flagelar la carne propia y la ajena para someter al espíritu!

¿Resulta chocante la exposición? Claro que sí; porque “Carne SerVida” es una muestra de las consecuencias de creer que corrupta es la carne y no la mente.

Samuel Wolpin